

LA AMERICA DE MCGOVERN

Conservo aún en los oídos el estruendo de los martillos neumáticos que preparan en Washington los cimientos del que será el edificio más caro del mundo. Ya no existe Edgar J. Hoover, que fue durante cuarenta y siete años monarca indiscutido del FBI. Pero ese faraón-policia solterón, ese personaje de Jean Genet, ha dejado los fundamentos del futuro edificio del Bureau, auténtica necrópolis de archivos, escuchas telefónicas y fichas acumuladas a lo largo de medio siglo. (Hace un año, cuando aún reinaba la vieja «vaca sagrada» de la Policía política americana, el ahora candidato a la Presidencia de los Estados Unidos por el partido demócrata, George McGovern, tuvo el valor de lanzarle un desafío: «La vigilancia a la que somete el Ejército a los ciudadanos, la acumulación de fichas en manos de hombres como Edgar J. Hoover, hombres que son ellos mismos la ley, constituye grave motivo de preocupación —declaró McGovern—. Hay colegas en el Senado que, al enterarse de mi decisión, han venido a verme aterrados: «Entonces, usted se presenta. ¿No teme acaso que Hoover comunique a la prensa su 'dossier'?». Pues no, no tengo miedo, porque no creo haber hecho nunca nada malo. Pero contestó: «No deberíamos tener que vivir sometidos al terror de Hoover. Es él quien tiene que rendirnos cuentas, no nosotros a él».)

Conservo aún en mis oídos los gritos y cantos de Miami, de la Convención Demócrata, nada más anunciarse la designación de McGovern como candidato del partido. Hace solamente dieciséis meses nadie hubiese apostado un céntimo por el senador de Dakota del Sur. Del mismo modo, los sondeos de la opinión pública indican ahora que el candidato demócrata no tiene ni una probabilidad entre diez de ser elegido para la Presidencia del país.

El silencio del pueblecito de Concord, Massachusetts, resulta sedante después de diez días de auténtica acción. Las casas coloniales de madera, las iglesias pintadas de blanco, los pórticos tranquilos que constituyen una sorpresa para la vida después de la mugre, la chattered y el «smog» de Nueva York, con su río, el Hudson, totalmente contaminado. Los grandes arces, los altos abedules, los castaños, las encinas, el perfume del hisopo y del heno, el sabor de la tarta de arándano y la Colonial Inn (fundada en 1765): ¡qué lejos parecen Nueva York, Washington, Miami, e incluso la elegante Boston, sin embargo tan cercana!

Bajo el puentecillo de madera

«A la izquierda, vieja y nueva, ya la tenemos; ahora sólo nos falta hacernos con el centro», dice el «trust» de cerebros de McGovern.



«Hay actualmente veinticinco mil jóvenes americanos que se niegan de modo activo a combatir en Vietnam» (George McGovern). En la foto, desertores USA fotografiados en Helsinki en 1969 junto a miembros del Ejército de Liberación.

junto al cual tuvo lugar, en 1775, la primera batalla de la guerra de la Independencia entre los granjeros rebeldes y los soldados de Su Majestad británica, canturrean las cristalinas aguas del río que no consiguen, sin embargo, ahogar el canto del grillo. Esta mañana, cuando el empleado del sindicato de iniciativas turísticas, vestido con el rojo uniforme británico, y su compañero, disfrazado de granjero del XVIII, acudieron a montar guardia uno a cada lado del puente, pude oír cómo cantaba un tordo. Esta tarde, un chotacabras aletea sobre el lago de Walden, donde Thoreau construyó su cabaña en un terreno que le había regalado Emerson.

«No hay flores para ti, granuja ateo»

¿Quién leía a Thoreau hace diez años? Un puñado de universitarios. Hoy es un autor que está en las colecciones de bolsillo. Su libro «Walden o Mi Vida entre Bosques y Lagunas», es actualmente

muy popular. Para millares de americanos de la joven generación, Thoreau es el profeta del retorno a la Naturaleza, uno de los padres fundadores de la ecología, precursor de la «vuelta a Oriente» y a su filosofía, y contestatario número uno de la literatura americana.

Pero en el pequeño cementerio de Sleepy Hollow, a la sombra de los grandes árboles, sobre la colina, entre la iglesia y la Alcaldía, cuentan que todos los años acude puntualmente una viejecita a depositar flores junto a las tumbas de los grandes hombres de Concord, combatientes de la revolución americana, pensadores y escritores de la escuela trascendentalista. Al pasar junto a la piedra que marca el lugar donde está enterrado Henry David Thoreau, que pasó veinte años en estos bosques y una noche en la cárcel por «desobediencia civil», la viejecilla dicen que murmura indignada: «¡Para ti no hay flores, granuja ateo!». Debe de haber millones de americanos como esa vieja para quienes Thoreau, el

rebelle no violento, es el diablo en persona.

Dice Thoreau en su panfleto «La desobediencia civil» (fechado en enero de 1849): «¿Qué actitud debe adoptar hoy un hombre frente al Gobierno americano? Mi respuesta es que no puede apoyarlo sin caer en la degeneración. Cuando una sexta parte de la población de un país pretendidamente libre está compuesta por esclavos, cuando todo un país se halla injustamente invadido y conquistado por un Ejército extranjero, pienso que las personas honradas no deben dudar en rebelarse. Este deber es tanto más imperioso cuanto que no es nuestro país el invadido, sino que el invasor somos nosotros mismos. Y para ello no es preciso esperar hasta conseguir la mayoría de un voto. Todo hombre que tiene razón contra los otros constituye él solo una mayoría de un voto».

Cien años más tarde, en 1959, escribía el sociólogo Clark Kerr: «Los patronos adorarán a esta generación, pues no planteará demasiadas reivindicaciones, será fácilmente manejable. No provocará excesivos alborotos».

«Eramos los hijos sumisos de una América que avanzaba with God on our side (1) —me dice Bob Greenfield—. Teníamos una fe ciega en nuestros dirigentes. Llevábamos botones con «slogans» como «I like Ike». Foster Dulles imponía el reinado del orden americano sobre el planeta. Gracias a McCarthy imperaba también el orden americano sobre la política. Nuestro lema era: «Triunfar es lo único que importa». Nos gustaba el «jazz cool», las revistas destinadas a disipar inquietudes, y nuestro novelista favorito era Salinger, cuyos héroes sólo aspiran a volver al seno materno para allí, por fin, estar en paz. No éramos una generación. Eramos «la no-generación»».

Mil novecientos sesenta y cinco. Los organizadores de la marcha sobre Washington esperaban a cinco mil manifestantes en el Mall, entre el Capitolio, el Pentágono y el Lincoln Memorial. Han acudido 20.000. Todos juntos entonan «We shall overcome» («Venceremos»). Gritan que se les mintió en 1954 cuando se les dijo que los Estados Unidos sólo pretendían salvar a Guatemala del comunismo, que se les mintió respecto a los vuelos de los «U-2» sobre territorio soviético, que el liberal Adlai Stevenson les engañó en relación con la invasión de la Bahía de los Cochinos, que se les mintió en lo referente a Viet-

(1) «With God on our side» («Con Dios a nuestro lado»), título de una célebre e irónica balada de Bob Dylan.



El candidato demócrata a la Presidencia, George McGovern (en el centro, de espaldas), habla en un mitin electoral en el barrio de Brooklyn, Nueva York.

CLAUDE ROY

nam. Cinco años antes, cuatro estudiantes negros de la Universidad de Carolina del Norte se sentaron al mostrador de la cafetería del supermercado Woolworth, de Greensboro, y permanecieron allí hasta la hora del cierre, esperando que se les sirviera el café que habían pedido. Al día siguiente, los cuatro se habían convertido en 16. Cuatro días más tarde eran ya 1.000. La prensa y la televisión apenas se ocuparon de aquel sit in. Pero en 1965 ya no eran únicamente los negros del Sur los que practicaban la «desobediencia civil»; ahora eran los jóvenes blancos, y en todo el territorio de la Unión, los que trataban de torpedear al «establishment».

«SOY POPULISTA»

George McGovern declaró en uno de los primeros discursos de su campaña: «Hay actualmente veinticinco mil jóvenes americanos que se niegan de modo activo a combatir en Vietnam, 5.000 jóvenes

que han renunciado virtualmente a la ciudadanía americana para buscar protección en el extranjero».

Durante la Convención de Miami vi cómo unos policías de paisano rodeaban a un joven desertor que se dirigía hacia la tribuna para constituirse prisionero delante de los asistentes al acto y ante las cámaras de la red de televisión Coast to Coast. En diversos teatros del país se está dando actualmente una obra histórica titulada «La noche que Thoreau pasó en la cárcel», y en los cines se exhibe una película igualmente histórica (aunque se trate en este caso de una historia más reciente): «El proceso de Catonsville», que cuenta el caso de la persecución por la Justicia del padre jesuita Daniel Berrigan, acusado de haber prendido fuego a los archivos de un centro de reclutamiento militar.

Sin embargo, el tranquilo senador de Dakota del Sur se ha lanzado a la conquista (difícil conquista) de una mayoría de millones de votos.

«Necesitamos quinientos mil dólares en 1971, quinientos mil dólares para las elecciones primarias, millones de dólares para la campaña presidencial», dijo McGovern en agosto del año pasado. Los técnicos electorales y los jefes de publicidad que le rodean son brillantes, astutos y, llegado el caso, maquiavélicos «profesionales», expertos en tácticas electorales y en electrónica. En Miami, estos jóvenes profesionales consiguieron dominar con astucia y energía a los viejos bosses del partido.

La «minoría profética» que, a partir de 1960, enarbó la bandera de la Insumisión, y cuya capital histórica es la pequeña ciudad de Concord, con sus 14.000 habitantes, esa minoría combatiente apoya a McGovern porque odia a Nixon, el hombre que declaró que Vietnam era «America's finest hour» («el más hermoso momento de la Historia americana»); el hombre que afirmó que el alunizaje de Armstrong constituía «el más gran-

de acontecimiento de s d e la creación del mundo». Pero McGovern y sus partidarios hablan menos de insumisión que de «coalición». La palabra «revolución» no existe en su vocabulario; por el contrario, no hacen más que mentar las elecciones. Y cuando al candidato le piden que defina lo mejor que pueda su «liberalismo agrario», George McGovern responde simplemente: «Soy populista».

Hasta estos últimos años, el populismo americano no gozaba de demasiada buena reputación entre los historiadores. En el movimiento de opinión de los granjeros empobrecidos y amenazados por la gran industria de los años 1870-1895 se había visto en un principio un resurgir de la gran tradición democrática de Jefferson y Jackson. Después resultó que los «populistas» eran arcaicos, retrógrados, chauvinistas, antisemitas, y sufrían de delirio de persecución. Eran el equivalente americano del «qualunquismo» italiano o el «poujadismo»

LA AMERICA DE McGOVERN

francés, los precursores de esa serie de movimientos que registra la Historia reciente de los Estados Unidos y en los que militan desde el demagogo sudista Huey Long hasta Barry Goldwater y George Wallace.

Aparentemente, nada más alejado de McGovern y del macgovernismo que ese tipo de populismo. El senador, «liberal y testarudo», es, entre todos los políticos americanos actuales, el que ha votado con regularidad y de modo más honesto y coherente (de 1962 a 1972) a favor de la ayuda a los países extranjeros, del tratado sobre el control de armas atómicas, de las leyes sociales, de la paz en Vietnam, de la reforma fiscal, de los proyectos de Ley sobre la emancipación de las minorías: negros, indios, chicanos, mujeres, etcétera, y en contra de una enmienda segregacionista, de la ley sobre los hospitales, de un proyecto destinado a reducir los créditos de ayuda a los pobres, de los proyectos de Ley tendientes a favorecer a las grandes corporaciones.

Ni arrollador ni extremista

Pero como orador que no se caracteriza por los grandes arrebatos líricos, sino que se muestra siempre ponderado, hábil en el valor y moderado incluso en sus negativas, McGovern no tiene nada de tribuno demagogo, de Pujade de Dakota del Sur. La primera vez que le encontré en su cuartel general de Washington, rodeado de los «kids» que militan graciosamente en su «campana», McGovern me dio la impresión de un hombre alto, «solar» e importante. Algunos días más tarde, en el «hall» del hotel Doral, y algo después en la Convención, cuando ya había sido proclamado triunfador, me pareció curiosamente un hombre más bien vulgar, de sonrisa demasiado artificial.

El mismo lo reconoce: «Mi mayor «handicap» es el carecer de una personalidad arrolladora a lo Theodore Roosevelt o a lo Franklin Roosevelt. Actualmente se concede demasiada importancia al lado carismático de los políticos, pero debo confesar que me agrada tener, sin por ello perder ni naturalidad, cualidades personales algo más excitantes...».

Ni arrollador ni extremista, sin aura y sin magnetismo, estratega ponderado, reformista paciente, McGovern encarna perfectamente un neopopulismo que sueña con una «nueva coalición». El anticomunismo americano de los años 50 ha

quedado relegado a la trastienda, al almacén de accesorios. Después de Stalin y Kruschchev, la URSS no es sólo un interlocutor indispensable, sino también un «partner» insustituible. Como me decía recientemente un economista de Harvard: «Los mercados que tal vez perdimos en el Sudeste asiático y en América Latina los ganaremos en el Este de Europa. La Unión Soviética y los países socialistas se encuentran en una situación económica tal que necesitan no sólo la paz, sino también nuestro utillaje, nuestros ordenadores, nuestros cereales, nuestra técnica. Acabamos de abrir en Polonia nuestra primera fábrica de Coca-Cola; hemos vendido trigo a la URSS mediante créditos muy ventajosos, hemos de ayudarles en el sector de la extracción y el refinado del petróleo... Y eso no es todo...».

Humillados y ofendidos

¿La guerra de Vietnam? Parece que McGovern no está dispuesto a transigir en lo que respecta a este

conflicto. Sin embargo, a pesar de sus fanfarronadas como la referencia al «más hermoso momento de la Historia americana», hasta Nixon ha abandonado su «teoría del dominio» y está de acuerdo en que los Estados Unidos deben salir de Vietnam. McGovern ha prometido que, caso de llegar al poder, solucionaría aquel problema en noventa días. Pero Nixon dispone de más de noventa días para solucionarlo —o por lo menos para dar la ilusión al pueblo norteamericano de que lo ha resuelto—.

En Miami Beach uno se daba perfecta cuenta de que la guerra de Vietnam no es sino uno solo entre los elementos de la campaña que prepara McGovern. Este quiere llevar a efecto una «coalición»: la de los jóvenes que están hastiados de la guerra y de las continuas mentiras del Gobierno. Las de los hombres de negocios, deseosos de invadir los mercados del Este: la URSS, China, la Europa socialista, así como de «revisar» la política americana relativa a Cuba; la de las minorías impacientes.

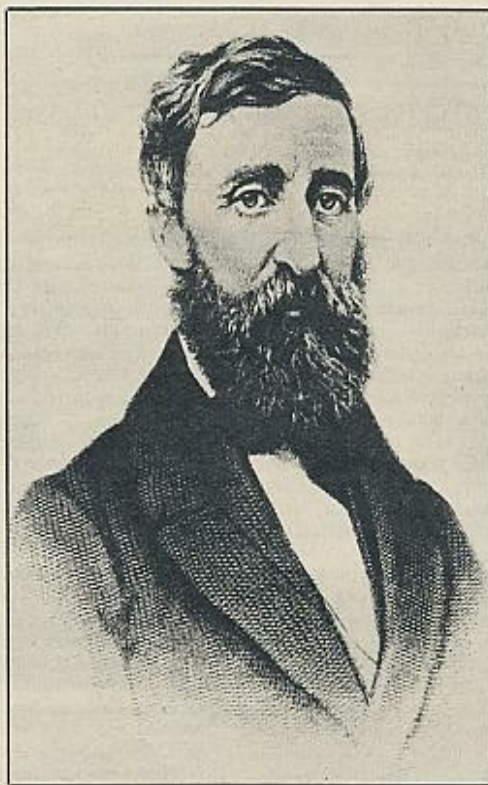
Pero los negros no constituyen ni mucho menos una masa mono-

lítica. Ni todas las americanas militan en el Women's Lib. Hay en las ciudades indios capitalistas, y los obreros agrícolas o proletarios mejicanos, los chicanos, cuyo líder, César Chávez, ha brindado su apoyo a McGovern, son relativamente poco numerosos. Desde un punto de vista electoral, este grupo de «humillados y ofendidos» que subsiste en el seno de la opulenta sociedad americana, desde los negros de los «ghettos» hasta los «pobres blancos» de los Apalaches, puede muy bien constituir un importante refuerzo.

Ahora bien, una «coalición» populista exige otros votos: ¿los de los «radicales» que prefieren un Presidente tipo McGovern a t e s que un Nixon? ¿Los de los «liberales», que están hartos de empollar, demócratas como son, los huevos republicanos, de tragar patrañas y de hacer tragar a su vez mentiras «patrióticas»? Pero si se agregan electoralmente estos elementos de una posible coalición —son este año nada menos que 25 millones los nuevos electores—, si se suma la nueva izquierda a la vieja, que siente nostalgia del marxismo mecánico de los años 30 o que sueña con una especie de «maoísmo» americano (desde el PLP, People's Labor Party, hasta la SDS estudiantil, degenerado en grupúsculos hace dos años por culpa de las repetidas escisiones), si a todo eso se agregan en Women's Lib o movimiento de liberación femenina, el Gay Power, que lucha en pro de los derechos de los homosexuales de ambos sexos, los budistas, lo que queda de los Panteras Negras (movimiento atomizado por culpa de continuas escisiones y de rivalidades internas), si se mezcla todo ello, el resultado puede ser una mayonesa, pero no una mayoría. Pero es precisamente esto último lo que interesa a los macgovernistas.

Demagogos y democracia

Hace un año, en julio de 1971, un sondeo de la opinión pública reveló que los blancos americanos estimaban que los «ricos eran cada vez más ricos, y los pobres, más pobres». Las estadísticas oficiales no desmienten este sondeo. Michael Harrington calcula en 40 millones la población constituida por «la otra América», la de la pobreza; el sucesor de Martin Luther King, el reverendo Abernathy, la evalúa en 30 millones, y el ministro de Trabajo, por su parte, da la cifra de 25 millones de ciudadanos. Más de un millón de neoyorquinos viven del seguro de paro, del welfare. Más del 60 por 100 de las



Henry David Thoreau, el autor del famoso panfleto «La desobediencia civil» (1849), inspira hoy a millones de jóvenes norteamericanos descontentos del «way of life» tradicional.



«Soy populista», responde McGovern cuando le piden que defina su «liberalismo agrario», inspirado en la mejor tradición americana. En la foto, el senador de Dakota del Sur, recibido calurosamente en un aeropuerto próximo a Washington, tras su triunfo en las primarias de California, Nueva Jersey, Dakota del Sur y Nuevo México, celebradas todas el mismo día.

familias blancas de Nueva York tienen unos ingresos anuales que no superan los 9.400 dólares. Siete millones de familias ganan entre 5.000 y 7.000 dólares al año, es decir, menos del mínimo necesario para vivir decorosamente. En 1949, un 1 por 100 de la población detenía el 21 por 100 de la riqueza nacional; en 1956, esta última cifra se había elevado al 26 por 100, y en 1971 era ya del 37 por 100.

Esa América ha votado muchas veces a favor de Nixon por preferir su fórmula de «la guerra porque...» a la de «la guerra, aunque...» del demócrata Humphrey. Esa América ha votado a veces por Goldwater o por Wallace porque no se le pedía jamás su opinión a la hora de hacer la guerra, porque no se le consultaba cuando se trataba de los negocios de los ricos, porque nadie se preocupaba de sus condiciones de vida, de que tuviesen que vivir en sucias callejas invadidas por drogados y criminales, mientras que los ciudadanos ricos se instalan en cómodos y bien vigilados barrios residenciales. Esa América solía prestar oídos a los demagogos que hablaban de democracia, que afirmaban que mientras el Gobierno se desvivía por ayudar a los negros, nada hacía por los pobres blancos; que había que ganar la guerra para salvar el honor en lugar de negociar indignamente; que era preciso mantener «la

ley y el orden», pues más valía que las calles estuviesen llenas de policías que no de drogados, ladrones, asesinos y pederastas.

El neopopulismo americano constituye un intento de reconquistar a este enorme sector de la población americana. Hace cuatro años, el autor de los discursos de Barry Goldwater, un joven llamado Karl Hess, rompía con su antiguo «amo» para pasarse a la nueva izquierda. En una carta abierta a Goldwater (que tenía, es cierto, pocas probabilidades de abrirle a éste los ojos), Hess le pedía que siguiese su ejemplo: «Históricamente, usted era un hombre de izquierda —escribía Karl Hess en su carta al líder racista— cuando atacaba al poder establecido, cuando diagnosticaba una crisis fundamental, la pérdida de la fe en el poder del Estado, la conciencia popular contrariada por las instituciones: sólo hay un poder posible, el poder del pueblo».

Haciendo figurar en cabeza de su programa político la redistribución de la riqueza nacional mediante la reforma fiscal, el control estatal de las «corporaciones» gigantes (la renta anual de la General Motors es superior al presupuesto anual de cien países del planeta), prometiendo una reestructuración de los actuales sistemas de seguridad social (muy embrionarios con relación a los de las democracias europeas), los macgovernistas tra-

tan de ganarse a esa masa flotante, insatisfecha, humillada, intranquila.

Los rebeldes y el grueso de la tropa

A la minoría rebelde se le permite alistarse, si así lo desea, en los batallones de voluntarios que, hasta el mes de noviembre, harán campaña a favor del candidato demócrata, pero al mismo tiempo se le insta para que no asuste con sus extremismos al americano medio, cuyos votos interesan enormemente al partido. «Si McGovern quiere reunir una mayoría en noviembre —me confesaba hace poco en un tono de irritado desprecio uno de los tecnócratas de su «brain trust»— es preciso evitar que su imagen de marca se limite a grupos de pintorescos hippies, a negros disfrazados de africanos de fantasía, a mujeres partidarias del libre aborto y a pederastas que no hacen más que gritar «Gay Power!»». Hemos de apoyarnos en las *grass roots* (las raíces), en la América agraria y urbana. A la izquierda, vieja y nueva, ya la tenemos; ahora sólo nos falta hacernos con el centro».

Los principios fundamentales de la línea de ataque de McGovern pueden atraer a amplias capas sociales. No son sólo los «radicales»,

las minorías revolucionarias o prerrevolucionarias quienes tienen la impresión de carecer de voz y voto en el capítulo de la vida cotidiana, de estar siendo manipulados por los ordenadores, por las máquinas y por un aparato militar-industrial en manos de una «élite» invisible y todopoderosa.

No son ellos los únicos que tienen la impresión de ser meros comparsas de un espectáculo cuya finalidad jamás se les permite discutir. Pero en cuanto se entra en los detalles de un programa, uno se percata de lo que atrae a unos puede espantar a otros, de que, por ejemplo, los proyectos de redistribución de las riquezas mediante una reforma fiscal propuestos por John K. Galbraith y el senador Harris pueden disgustar a la clase media, que de otro modo hubiese apoyado a McGovern. Uno se da cuenta de que lo que seduce a los granjeros puede repeler a los obreros de la industria, y de que esa América rebelde o «idealista» que ha ayudado a McGovern a alcanzar la candidatura no es, en el mejor de los casos, más que una vanguardia: aquél sólo podrá ser elegido por el «grueso de la tropa».

Esta tarde no podrá ver en Concord la prisión donde pasó una noche Thoreau: fue demolida hace más de un siglo. En la choza de madera en la que vivió después de Emerson, los visitantes de 1972 han de agachar la cabeza para poder entrar en las habitaciones: gracias a la alimentación, la talla del americano medio ha aumentado en seis centímetros desde 1848. La *log cabin* (choza de troncos) donde Thoreau vivió en soledad al borde del lago tampoco existe ya. Es sábado por la tarde. Hay cinco mil coches aparcados en estos parajes donde Thoreau solía pararse a escuchar alguna alimzclera roer los troncos de los abetos o el grito de un grajo que sobrevolaba las aguas puras y cristalinas del lago. Cinco mil familias de americanos «medios» que consumen hamburguesas o «hot dogs» en el quiosco al aire libre bautizado con el nombre de Walden Refreshments. Me pregunto qué representarán para estos americanos el lago, la tumba del rebelde Thoreau, la noche que pasó en la cárcel y el nombre del inventor de la «desobediencia civil». «Un hombre que lleve la razón contra los otros —escribió Thoreau— constituye una mayoría de un voto». Esta tarde, a esta misma hora, George McGovern estará en su cuartel general tal vez pensando que mañana no le bastará ese solo voto, que necesitará millones de votos y que éstos serán difíciles de ganar. ■ C. R.